

«Un escritor de
gran talento.»

George R. R. Martin

AUTOR DE

JUEGO DE TRONOS

LA GUERRA MÁS FRÍA

IAN TREGILLIS



1963. La Unión Soviética ha reemplazado al Tercer Reich como enemigo a batir y Gran Bretaña fragua la más extraña de las alianzas para evitar su destrucción. Durante décadas, los brujos británicos han sido lo único que se interponía entre el Imperio Británico y la Unión Soviética, que ahora se extiende desde el océano Pacífico hasta el Canal de la Mancha. Pero una serie de asesinatos está diezmando sus filas y la seguridad nacional del país se ve día a día más comprometida. Mientras tanto, dos hermanos víctimas en su día de un retorcido experimento nazi para dotar de superpoderes a simples mortales escapan de su cautiverio más allá del Telón de Acero en dirección a Inglaterra. Allí les espera Gretel, una poderosa clarividente.

Para Melinda, confidente y compañera de conspiración

Agradecimientos

El Tríptico de Asclepia no habría pasado de ser una idea en el fondo de mi cabeza sin mis amigos y colegas del taller Critical Mass en Nuevo México: Daniel Abraham, Terry England, Ty Franck, Ed Khmara, Emily Mah, George R. R. Martin, Vic Milán, Melinda M. Snodgrass, Jan Stirling, S. M. Stirling, Sage Walker y Walter Jon Williams. También quiero dar las gracias a Michael Cassutt por compartir conmigo su conocimiento sobre el programa espacial soviético; a S. C. Butler y al doctor Char Peery por sus lecturas críticas; a Felix Dorsch, Andrew Miller, Leonid Korogodski, B. K. Dunn y Ed Khmara (de nuevo) por sus traducciones; a Michael Prevett por sus inteligentes preguntas; a Eliani Torres por revisar el manuscrito. Mi maravillosa agente, Kay McCauley, defendió con uñas y dientes este proyecto (y a mí) desde el principio. Gracias, Kay. Y por último, aunque desde luego no en menor medida, un sentido agradecimiento a mi editora, Claire Eddy, cuya laboriosidad y compasión han sido más que inspiradoras.

El hombre es una cuerda tendida entre la bestia y
el superhombre, una cuerda sobre un abismo.
FRIEDRICH NIETZSCHE

Vive con tu siglo, pero no seas obra suya.
FRIEDRICH SCHILLER

No dejarás con vida a ninguna hechicera.
ÉXODO 22,18

Prólogo

*24 de abril de 1963
Bosque de Dean, Gloucestershire, Inglaterra*

Los brujos no envejecen con dignidad.

Víktor Sokólov había llegado a esa conclusión después de conocer a varios de ellos. Estaba observando a un cuarto hombre desde la lejanía, y lo que vio respaldaba su conclusión. Los años y la decadencia lastraban la silueta que salió de la ruinosa casita en el claro lejano. El viejo renqueó en dirección a la bomba de mano, con un brazo marchito doblado contra el pecho del que pendía el asa de un cubo vacío. Víktor ajustó el enfoque de sus binoculares.

No. Ninguna dignidad. Víktor había conocido a un tipo cuya piel estaba picada por completo de viruelas; otro de ellos tenía media cara cubierta de cicatrices de quemadura. El menos desfigurado de todos había perdido una oreja, y el ojo del mismo lado era una canica hundida y legañosa. Esos hombres habían pagado un cuantioso precio por el conocimiento perverso que poseían. Lo habían pagado por voluntad propia.

El hombre al que estaba vigilando encajaba en el perfil, pero Víktor no podía estar seguro de haber encontrado a la persona adecuada sin ver más de cerca las manos del an-

ciano. Eso convendría hacerlo en privado. Guardó los binoculares en la funda de cuero que llevaba a la cintura, con cuidado de no perturbar la mata de jacintos entre los que se ocultaba.

El claro estaba en silencio salvo por el chirrido de metal oxidado que acompañaba a los esfuerzos del viejo con la bomba de mano, un fino tubo cubierto de pintura azul descascarillada. Pero de algún modo, hasta ese ruido llegaba amortiguado, como si lo sofocara un silencio espeso. Víktor no había visto ni oído un solo pájaro en todas las horas que había permanecido allí tendido; incluso el amanecer había pasado de largo sin despertar un solo gorjeo. Desde su escondrijo en el sotobosque notó que se levantaba un viento suave, que le llevó los aromas terrosos del bosque y el nauseabundo olor de la letrina del viejo. Pero la brisa pasó, como si no le apeteciera quedarse mucho tiempo entre los robles nudosos.

El hombre cojeó de regreso a la casita. Su andar anquilosado hizo rebosar el agua del cubo. Dejó enfangado todo el camino entre el pozo y la casita.

Dio un portazo que hizo temblar las tejas de madera. A Víktor no le hicieron falta los binoculares para ver lo combado que estaba el techo. Seguramente, por eso no encajaba bien el marco de la puerta. La única ventana debía de llevar años sin poder abrirse. Aquí y allá, en los huecos que había entre las tejas, crecían ramilletes de flores silvestres de color violeta, junto a manojos de musgo verde y amarillo.

Las gotas de lluvia empezaron a golpetear contra los árboles. Al principio solo chispeaba, pero enseguida arreció una llovizna persistente. La fría lluvia inglesa no desanimó a Víktor. Era un hombre paciente.

Transcurrió una hora más antes de que Víktor, indiferente al clima despiadado, se convenciera de que estaba a solas con el viejo. Con la certeza de que nadie interrumpiría el encuentro, decidió que había llegado el momento de conocer a aquel hombre. Un dolor sordo palpitó en sus bra-

zos y su cuello, y las rodillas entumecidas crujieron mientras se desembarazaba del matorral que lo había ocultado.

Caminó con paso firme hacia la casita, mientras la lluvia caía gota a gota de su pelo y se le colaba por el cuello de la camisa. El edificio volvió a temblar cuando Víktor llamó a la puerta, con tres golpes de puño muy seguidos. El hombre que había dentro respondió con una maldición sobresaltada. Como los demás, atesoraba su soledad y no alentaba a las visitas.

Desde el interior llegó el crujido de una silla de madera y unos pasos dificultosos. Al momento, la puerta se abrió chirriando.

—Largo de aquí, joder —dijo el viejo. Su voz estaba impregnada de una desagradable aspereza, como si los suaves tejidos de su garganta estuvieran dañados por años de abusos. Hizo ademán de dar un nuevo portazo, pero Víktor atrapó la puerta e impidió que se cerrara.

—¿Señor Shapley? —preguntó con su mejor acento de las Midlands. Tendió la mano que le había quedado libre, pero el anciano ni la miró.

—Está en una propiedad privada. Márchese.

—Ya me voy. Pero antes, ¿es usted el señor Shapley?

—Sí. Y ahora, a tomar viento —Shapley volvió a echar mano a la puerta.

—Todavía no —replicó Víktor, y entró en la casita por la fuerza.

Shapley retrocedió y topó contra una palangana de aluminio.

—¿Quién eres?

Víktor cerró la puerta a sus espaldas. El interior de la casita estaba en tinieblas, alumbrado solo por la claridad de color mostaza que dejaba pasar la mugrienta ventana. Cruzó la estancia y agarró con fuerza al anciano por el brazo. Se agachó hacia él para inspeccionar primero su mano buena y después la tullida.

—¿Qué estás haciendo? Suéltame —el anciano, sin fuerzas, intentó liberarse.

La palma de la mano tullida estaba surcada por una red de finas cicatrices. Asunto resuelto: aquel hombre era un brujo. El informador o informadora de Víktor, quienquiera que fuese, había vuelto a acertar.

—Excelente —dijo Víktor. Soltó los brazos del hombre.

—Mire —dijo Shapley—, si viene de parte de Whitehall, no pienso...

—Chis —lo interrumpió Víktor, llevándose un dedo a los labios—. Quédese quieto, por favor.

Y entonces abrió el compartimento cerrado que había en su mente y recurrió a la batería que llevaba a la cintura. La sutil alteración de los voltajes de su cerebro hizo fluir un hilillo de corriente por los cauces eléctricos subcutáneos que tenía implantados a lo largo de su espalda, cuello y cráneo. La corriente alimentó de energía el potencial que los nazis habían llamado la Willenskraft: la fuerza de voluntad humana pura y sin paliativos, la capacidad suprema con la que el Tercer Reich podría haber conquistado el mundo.

Cosa que habrían logrado de no ser por los brujos.

Víktor se desmaterializó. Extendió el brazo hacia el pecho de Shapley, que profirió un chillido. Pero para entonces Víktor ya tenía el corazón del anciano entre los dedos. Le dio un suave masaje, confundiendo el ritmo natural del músculo hasta que el sistema nervioso de Shapley entró en pánico y empezó a fibrilar. El brujo, boquiabierto, dio manotazos a Víktor para quitárselo de encima, pero los aspavientos atravesaron su cuerpo fantasmal sin hacerle daño. Lo único que tenía sustancia eran las puntas de los dedos de Víktor, cerradas en torno al corazón incapacitado del anciano.

Mantuvieron aquella postura incómoda hasta que Víktor notó los últimos espasmos del paro cardíaco. Entonces liberó al brujo, volvió a materializarse y se limpió la mano con el pañuelo que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Se

oyó un impacto sordo contra los tablones del suelo cuando Shapley se derrumbó a los pies de Víktor.

Habría sido mucho más sencillo pegar un tiro al hombre desde lejos. Pero entonces habrían quedado pruebas. Víktor se aseguraría de dejar lo suficiente de los restos de Shapley para que pudiera practicársele una autopsia en condiciones; en el improbable caso de que alguien se interesara por la muerte del viejo, descubrirían que el pobre había fallecido por causas naturales.

Víktor pasó al otro lado del muerto y estudió la casita. Era una estancia única, dividida toscamente en dos espacios mediante una manta de lana colgada de un hilo de tender. Apartó la manta y descubrió un catre y una mesita con algunos objetos personales encima: un reloj, un peine, unas monedas. De un clavo de la pared del fondo colgaba una lámpara de queroseno. Una cocina de hierro fundido que funcionaba con leña ocupaba un rincón de la estancia, junto a la palangana. No había más muebles, aparte de la mesa y la silla del centro de la sala y la tosca estantería de madera apoyada en una pared.

El hombre muerto no había poseído muchos libros, pero sí les había dado buen uso. Tenía una historia natural del Distrito de los Lagos, muy manoseada, algunos tratados sobre inglés antiguo y medieval repletos de anotaciones y el *Auge y caída del Tercer Reich* de Shirer prácticamente intacto, aunque las partes que estudiaban el período 1940-1942 tenían los márgenes cubiertos de notas manuscritas.

Una cajita de caoba barnizada, poco más grande que un mazo de naipes, le llamó la atención. Incluso bajo una gruesa capa de polvo, era el objeto más destacable en aquella triste casucha. Víktor la abrió. Contenía una estrella de bronce con seis puntas, sobre una base de terciopelo carmesí. La Estrella de 1939-1942. En el interior de la tapa, una inscripción rezaba: «Por los servicios ejemplares y el valor en la defensa del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte».

Probablemente fuese cierto a grandes rasgos, caviló Víktor, aunque las palabras en sí llevaban a equívoco. La mayoría de aquellas insignias se otorgaron a los pilotos de las pocas escuadrillas que habían sobrevivido a la desastrosa Batalla de Inglaterra, o a la ínfima cantidad de soldados que regresaron de la tragedia de Dunkerque... Sin duda, Inglaterra se había permitido cierta dosis de revisionismo histórico en las décadas posteriores a la guerra. Había distorsionado el relato, abrazado una ficción que aliviaba la herida en su orgullo nacional y confería sentido a su incomprendible —e improbable— supervivencia.

Shapley no había sido soldado, marine ni piloto. Con toda probabilidad, no había empuñado un arma de fuego en la vida. Él y sus colegas habían blandido algo mucho más potente. Mucho más peligroso.

La ausencia de pruebas de ese algo entre las pertenencias de Shapley era notable. Víktor miró de nuevo a su alrededor antes de dedicar su atención al lugar donde había caído el anciano. Un hueco entre los tablones del suelo era un poco más ancho que los demás, tal vez lo suficiente para que entrara un dedo. Apartó al brujo muerto a un lado y abrió la trampilla.

La cavidad de debajo del suelo contenía varios diarios encuadernados en cuero y un fajo de folios amarillentos, sujetos por alambre en espiral. Se trataba de los cuadernos personales del brujo y su lexicón: el glosario del idioma telúrico con el que los brujos podían invocar demonios y romper el orden natural del mundo.

Víktor dejó los diarios y el lexicón sobre la mesa. A continuación, acercó la lámpara de queroseno y colocó el cadáver de Shapley en una postura que sugiriese que había sufrido un infarto mientras la encendía. Era de vital importancia que la muerte pareciera natural. Entonces ejerció de nuevo su **сила воли**, su «fuerza de voluntad». Pero en esa ocasión invocó una manifestación distinta, eligiendo el calor y no la insustancialidad. Unas llamas brotaron del suelo

junto a la lámpara, cerca del cuerpo de Shapley. Víktor moldeó las llamas con su mente, esculpiendo el diagnóstico inevitable al que llegaría cualquier investigador.

La fría lluvia inglesa siseó y se evaporó al contacto con Víktor Sokólov, que emprendió la caminata de regreso a su coche.

*24 de abril de 1963
East Ham, Londres, Inglaterra*

Los niños lo llamaban «el chatarrero». Pero en otro tiempo había sido un dios.

Lo llamaban «el chatarrero» por su ropa raída, su automóvil desvencijado y su barba descuidada. Pero, sobre todo, lo llamaban «el chatarrero» por su carretilla, en la que amontonaba restos diversos, radios estropeadas y demás baratijas electrónicas. El hombre acumulaba chatarra. Y esa era la definición de «chatarrero».

No hablaba nunca. O al menos, nunca le había oído hacerlo ninguno de los niños, ni siquiera los más mayores. Se decían unos a otros que era mudo. Que le había rajado la garganta el mismísimo Hitler, o Mussolini, o Stalin, o De Gaulle. Lo sabían con la clase de certeza inmutable que solo se da en el patio de recreo, entre juramentos sellados con un escupitajo, un apretón de manos y la amenaza de graves represalias. Sin embargo, la sabiduría popular afirmaba que, si el chatarrero pudiera hablar, lo haría con acento francés, como muchos otros refugiados que habían cruzado el canal de la Mancha para huir del Ejército Rojo en las postrimerías de la guerra.

Se equivocaban. Aquel hombre hablaba un inglés excelente. Perfecto, sin el menor asomo de acento. En tiempos pasados, había sido un motivo de orgullo.

Pasaba casi todo el tiempo recluso en su piso minúsculo. Ningún niño sabía a qué se dedicaba allí dentro, aunque uno de ellos se había armado de valor —tras un reto solemne— y lo había seguido por todo el barrio hasta llegar a su edificio y su planta. Había logrado atisbar la casa del chatarrero mientras él entraba, acompañado por el traqueteo de su carretilla. El piso, según había informado el intrépido explorador, estaba hasta los topes de chatarra. Trastos acumulados en montones y más montones, algunos casi tan altos como el techo.

De vez en cuando, los padres de los niños pagaban al chatarrero por repararles las radios y los televisores. El hombre tenía maña. Los aparatos desaparecían en su oscura madriguera durante unos días y salían de allí si no como nuevos, al menos funcionando. Con aquellas chapuzas se pagaba la comida, la ropa maltrecha y el piso lúgubre.

A veces el chatarrero salía con un periódico doblado bajo el brazo. A veces no regresaba hasta bien entrada la tarde, o incluso hasta el día siguiente, con el maletero de su automóvil lleno de más desechos. En esas ocasiones, los niños lo perseguían por la larga vía de acceso del aparcamiento, mientras empujaba su carretilla cargada de nuevos tesoros hasta el piso. El cuic-cuic-cuic de la carretilla los atraía como una melodía del flautista de Hamelín.

—¡Chatarrero! —se burlaban—. ¡Basurero! ¡Chatarrero, basurero, te gusta hurgar en los cubos de basura!

En general, los niños se limitaban a lanzarle pullas y abucheos. Pero todos recordaban el invierno de unos años atrás, una estación especialmente gélida en la que la nieve permanecía semanas enteras en el suelo sin derretirse. (Aunque no hizo tanto frío como en aquel otro invierno diabólico que había doblegado a los nazis, decían sus padres). Antes de que acabara ese invierno, a alguien se le había

ocurrido la idea de acompañar los insultos con bolas de nieve, de modo que un buen día, a falta de nieve, se armaron con terrones del suelo embarrado por las intermitentes lluvias primaverales.

El chatarrero se las veía y se las deseaba para dirigir su carretilla por la acera resbaladiza. Siguió adelante sin pronunciar una sola palabra, ni siquiera cuando el fango salpicó al dar contra su carretilla y tirar al suelo un carrete de alambre. El éxito envalentonó a los niños. Apuntaron al chatarrero, entre grititos de gozo con los que dieron rienda suelta al barro y al desdén.

Hasta que un niño acertó al chatarrero en la frente. El golpe lo derribó, le hizo perder su sombrero de fieltro y le descolocó la peluca. ¡Llevaba peluca! Todos rieron a carcajadas.

El chatarrero palpó el suelo, en busca de su sombrero. Se pasó los dedos por la cabeza y el ridículo postizo una y otra vez, como si temiera que se le hubiese fracturado el cráneo. Y luego —cabía suponer que tras cerciorarse de que la cabeza seguía en su sitio— se dirigió dando zancadas hacia el chico que le había arrojado el terrón.

Los niños enmudecieron. Nunca habían tenido tan cerca al chatarrero. Jamás le habían visto los ojos, de un azul clarísimo y fríos como témpanos. El chatarrero siempre caminaba con la mirada gacha.

Levantó al chico por el cuello de la camisa, hasta separarle los pies del suelo. Empezó zarandeando al chico, cosa que ya daba bastante miedo. Seguro que el chatarrero iba a matarlos a todos, pensaron. Pero entonces acercó al chico hacia él y le susurró algo al oído. Nadie oyó lo que le dijo, pero el niño perdió todo el color de los mofletes y estaba temblando cuando el chatarrero volvió a dejarlo en tierra.

Aquel día nadie siguió al chatarrero hasta su piso. Los demás niños se apelotonaron alrededor del que estaba llo-

rando. Al fin y al cabo, era el único chico en todo el suburbio que había oído la voz del chatarrero.

—¿Qué ha dicho? —preguntaron, insistentes—. ¿Qué te ha dicho?

—«Arderéis» —dijo él entre sollozos—. Ha dicho: «Arderéis todos».

Pero lo peor no habían sido las palabras del chatarrero, sino la forma de decirlas.

Se hacía pasar por un electricista autodidacta llamado Richard, oriundo de Woking. Pero en otro tiempo había sido Reinhardt, la salamandra aria.

Vivía en un extenso y desangelado suburbio, fruto de uno de los incontables planes de vivienda subvencionada que habían brotado a lo largo y ancho de Londres en los años posteriores a la guerra, cuando gran parte de la ciudad aún seguía arrasada por los bombardeos de la Luftwaffe.

Reinhardt se limpió el barro de la cara tan bien como pudo, aunque estaba húmedo y pringoso. Le picaba en los ojos. Levantó a pulso la carretilla para meterla en el ascensor, con un ojo cerrado con fuerza y el otro apenas entreaabierto. Dio un suspiro de alivio cuando llegó a su piso y echó el cerrojo a la puerta.

Tiró su abrigo a una caja de válvulas eléctricas, pisó una cucaracha antes de quitarse las botas de agua en el rincón de detrás del equipo de soldar, arrojó su sombrero al otro lado de la habitación, donde cayó sobre la única silla vacía del piso, y por fin, con toda cautela, separó poco a poco de su cabeza la empapada peluca. Nunca salía a la calle sin llevarla puesta y, después de tantos años viviendo en secreto, la idea de revelar sus cables al mundo le produjo un escalofrío de ansiedad. Igual que la posibilidad de que aquellos miserables críos hubieran provocado algún daño.